

Había hecho bien en permanecer en Francia.

Estuve once años sin oír hablar de él, y sin tener ninguna noticia suya ni directa ni indirectamente.

Por último, en 1817 recibí otra carta suya.

Era la tercera desde su marcha y había veintidos años que había marchado.

Había hecho una fortuna colosal, estaba casado y era padre de dos niños: volvía pronto, y no tenía deseo más vivo ahora, que era millonario, que volver á ver la Francia, y vivir en ella á mi lado.

En efecto, en el mes de Junio de 1817 llegó á París, y recibí de él una carta, por la que me invitaba á reunirme con él á toda prisa.

Había perdido su mujer durante la travesía, estaba desesperado, y sólo mi amistad fraternal podía dulcificar su pesar.

Yo por mi parte tenía también gran deseo de volver á ver á mi hermano, hacia el cual, á pesar de su ausencia y mi edad, había conservado una buena y tierna amistad de joven; resolví pues partir así que recibí su carta, y me despedí de mis buenos amigos de Vic-Dessos.

Al oír este nombre levantó el monje la cabeza.

— ¡ De Vic-Dessos ! dijo, ¿ habitabais en la pequeña aldea de Vic-Dessos ?

— Allí he nacido, respondió el moribundo, y no he salido de ella más que para venir á París, y pluguiese al cielo que nunca de ella hubiese salido.

Fijó el monje en el moribundo una mirada curiosa, que no parecía exenta de cierta inquietud; pero éste, sin notar el movimiento casi imperceptible, por otra parte, en la actitud del sacerdote, continuó:

Llegué á París después de un viaje de ocho días, y en-

contré á mi hermano Santiago cambiado hasta el punto de no reconocerle; él, por el contrario, me reconoció y me abrazó con una efusión, que ahora mismo me hace venir las lágrimas á los ojos.

Un terrible suplicio para mí sería sentir eternamente la impresión de aquellos dos besos tan tiernos sobre mis mejillas.

Pasó el moribundo su pañuelo por su frente cubierta de sudor, y durante algunos instantes pareció abismarse en sus recuerdos.

Considerábale el monje mientras tanto con una curiosidad creciente; era claro que tenía deseo de dirigirle la palabra, de preguntarle, y una voz interior le decía que nada hiciese, ó que aguardase al menos.

Tendió Mr. Gerard la mano al monje para que éste le pasase un frasco de sales que estaba sobre la mesa de noche, y después de haber respirado repetidas veces en el frasco, continuó:

— El pobre Santiago estaba pálido, flaco y deshecho, como yo lo estoy en este momento; hubiérase dicho que como yo ahora, no había más que dar un paso para llamar á la puerta de su tumba.

Refirióme la muerte de su mujer con sollozos que atestiguaban su dolor; en seguida hizo llamar á sus hijos, para presentarme en ellos todo lo que de ella le quedaba.

Los trajeron.

Eran dos niños admirablemente bellos; el primogénito, el varón, rubio, fresco y rosado como su madre, la niña, morena, pálida, con magníficos cabellos, cejas y ojos negros.

La niña sobre todo era encantadora, con sus mejillas doradas por el sol del Brasil, como los racimos de nuestro país.

La niña tenía cuatro años y se llamaba Leona.

El niño tenía seis y se llamaba Víctor.

Cosa extraña, y que sólo ahora recuerdo, los dos parecieron asustados á mi vista y no quisieron abrazarme ni besarme.

Santiago creyó deber repetirles : pero si es mi hermano, vuestro tío : la niña se puso á llorar, y el niño se salvó marchándose al jardín.

Intentó el padre excusarles para conmigo. ¡ Pobre Santiago ! adoraba á sus hijos, ó más bien, su amor hacia ellos rayaba en locura ; no podía mirarlos sin llorar, porque le recordaban continuamente á su mujer ; el niño en las facciones y la niña en el carácter.

Resultaba de aquí que aquellos niños, á pesar del amor que les tenía, le causaban casi tanto pesar como alegría, y que cuando los había mirado largo tiempo, llamaba á su aya y le decía con voz sofocada : llévalos, Gertrudis.

Yo profesaba una gran ternura á mi hermano ; su estado me inquietaba seriamente. Además de aquel dolor que le minaba, pero del que con el amor de sus hijos y mis cuidados hubiera podido curar, era en cierta época del año, hacia el otoño, presa de una calentura maligna, que había cogido en un viaje que había hecho á Méjico, calentura de que no había podido curarse, y que le atacaba con nueva fuerza desde su regreso á Francia.

Consultáronse los mejores médicos de París ; su ciencia se estrelló ante aquel emponzoñamiento del pulmón, y el resultado de las consultas fué, que se aconsejó á mi hermano que fuese á habitar al campo. Esto es lo que se ordena á los que ya no hay otra cosa que ordenarles.

Se veía, por decirlo así, sobre el rostro de Santiago, la huella que cada día dejaba ; por la tarde estaba más pálido

y más débil que por la mañana ; por la mañana más que la vespera.

Me puse á buscar una casa en el campo, y un día, al volver de Fontainebleau, vi cerca de la corte de Francia, á unas cinco leguas de París, el anuncio de la venta de una gran casa de campo, situada en Viry.

— ¿ En Viry-Sur-Orge ? interrumpió el sacerdote con la misma entonación que había dicho en Vic-Dessos, y cubriendo aquel movimiento con una mirada más y más interrogadora.

— Sí, en Viry-Sur-Orge, repitió el moribundo ; ¿ conocéis ese país ?

— De oídas sí, pero no le he habitado nunca ni le he visto, respondió el sacerdote con una voz que no carecía de cierta alteración.

Pero el enfermo estaba preocupado con sus propios pensamientos para fijar la atención en los que su relato podía despertar en la imaginación ó en los recuerdos del que le oía.

Continuó :

— Viry-Sur-Orge está situado á un cuarto de legua, poco más ó menos, del paraje en que yo me encontraba ; dirigime hacia una choza que un paisano me indicó, y un cuarto de hora después estaba delante de la casa ó del castillo que más tarde debía pertenecerme.

Pasó el sacerdote á su vez su pañuelo sobre su frente ; hubiérase dicho que cada período de la relación del enfermo hacía brillar á sus ojos esos resplandores extraños, como se ven en sueños, y con ayuda de los cuales se intenta en vano reconstituir un acontecimiento transcurrido en el pasado.

— Llegábase á la casa, continuó el enfermo, por una

larga avenida plantada de tilos; en seguida, pasados la antecámara y el comedor, se encontraba uno al otro lado, sobre una inmensa gradería de piedra, del alto de la que se maravillaba el espectador del cuadro hechicero que tenía ante los ojos.

Era un parque rodeado de encinas seculares que se reflejaban en una hermosa y profunda pieza de agua, que por la noche parecía un vasto espejo de plata. Sus orillas estaban cubiertas de juncos, de cañas y de flores, de anchas ninfeas, que se ensanchaban en su superficie, y las diez ó doce fanegas que le servían de cuadro, estaban plantadas de flores de todas especies, de todos los países, de todos los colores, de todos los perfumes; á quinientos pasos del castillo estaba el aire embalsamado, como lo está la atmósfera á dos leguas de la ciudad de Grasse.

Era esta seguramente la habitación de algún gran amante de la naturaleza, porque se veían reunidas todas las maravillas vegetales de la creación.

— ¡Oh! Dios mío, continuó el enfermo, ahora que pienso en ello, me parece que se hubiera podido ser muy feliz en aquel paraíso.

Visité la casa; el interior era digno del exterior.

Era en suma un viejo castillo, amueblado de arriba á bajo al gusto moderno, rico, elegante, y confortable á la vez.

Me lo enseñó una mujer que había estado al servicio del hombre al que había pertenecido. El propietario había muerto, y los herederos, que eran muchos, lo hacían vender para conciliar todos los intereses.

La mujer que me servía de guía en aquella visita, no tenía cualidad bien determinada respecto al difunto: se titulaba su mujer de confianza (ama de llaves) y pasaba

en el país por heredera del dinero contante que podía haber en la casa en el momento en que había muerto su amo.

Era una mujer de treinta años, alta y corpulenta, y cuyo acento vasco indicaba claramente que era de nuestros países; tenía en la mirada, en el talante y en los modales algo de viril, que repugnaba á primera vista. Reconocióme también en el acento por un vecino del país vasco, y apoyándose en nuestro compatriotismo, se recomendó á mí para el caso en que yo, ó alguno de mi familia, comprase la casa, para quedar en ella con el mismo título que estaba, y hasta como doncella ó cocinera.

Díjeme entonces que era para mi hermano y no para mí, para quien trataba, que yo personalmente era tan pobre como mi hermano rico: solamente añadí, que temía que mi querido Santiago no pudiese gozar mucho tiempo de su fortuna.

Entonces ella me alabó el aire del país, la salubridad del clima, la cercanía de París, adonde se podía ir en una hora, y sobre todo, el precio barato de aquella espléndida propiedad, que se daría por ciento veinte mil francos, y tal vez hasta por cien mil, porque tanta era la prisa que tenían los herederos de tocar su parte de la herencia si se pagaba al contado.

Mi hermano estaba de todo punto conforme con las condiciones; en mi opinión la propiedad le convenía á las mil maravillas, y prometí á Úrsula Pontoé (que así se llamaba la mujer de confianza del antiguo propietario) mi doble influencia para con mi hermano; en primer lugar, para que comprase el castillo, y en segundo, para que la conservase cerca de él.

Os hablo largamente de esta mujer, á causa de la influencia terrible que ejerció sobre mi vida.

Por lo demás, apenas me separé de ella, cuando me asombré de haberla ofrecido mi protección para con Santiago: la impresión que sobre mí había producido, lo repito, era más bien repulsiva que simpática.

Pero en revancha encontré la propiedad tan maravillosamente bella, hice de ella tal elogio á mi hermano, que me dió plenos poderes para tratar, y ocho días después la había adquirido á su nombre por cien mil francos.

La instalación se efectuó el mismo día del pago del precio en casa del notario de Corbeil.

Nuestros criados se componían de un jardinero, un lacayo, la cocinera y la doncella encargada del cuidado de los niños; además, teníamos un cachorro, mitad de San Bernardo, mitad de Terranova, que el dueño del hotel que habitaba mi hermano en París le había cedido, á petición de los niños, que jugando con él por mañana, tarde y noche, no habían querido separarse de él.

Los niños le llamaban *Brasil*, en recuerdo de la tierra en que habían nacido.

Á mi petición, se agregó Úrsula á este personal.

El mismo día hizo con todos lo que había hecho conmigo, es decir, que enseñó el castillo á mi hermano con todos sus detalles; instaló á cada cual en su puesto, y tomó desde el primer momento, bajo una humildad aparente, aquella posición de mujer de confianza que tenía cerca de su antiguo amo.

Por lo demás, nadie tenía por qué quejarse, ni pedir el cambio del puesto que ella le había asignado; hubiérase dicho que había consultado los gustos de cada cual, y le había servido según sus deseos.

Hasta Brasil tenía un nicho magnífico, que le hubiera sido agradable á más no poder, si no hubiese mirando con in-

quietud una cadena agarrada á la pared, la que parecía amenazar su libertad para el porvenir. Todo era tan cómodo en aquella nueva habitación, que la vida allí fué para todos fácil y agradable desde el primer día. Pasamos allí el fin del verano y en seguida el otoño. Habíase tratado de volver á pasar el invierno en París; pero Santiago prefirió el campo con todas sus molestias, que por otra parte desaparecían con ayuda de una gran fortuna. Santiago, pues, prefirió el campo á volver á París.

Llegamos así al mes de Febrero de 1818: el estado de Santiago empeoraba de día en día.

Una mañana me llamó á su dormitorio, despidió á sus hijos, y cuando estuvimos solos me dijo:

— Mi querido Gerardo, somos hombres, debemos hablar, y sobre todo obrar como tales.

Yo estaba sentado cerca de su lecho, y adivinando adónde iba á parar, intenté tranquilizarlo respecto á su salud.

Pero tendiéndome la mano, me dijo:

— Hermano, conozco que mi vida se va con cada aliento, y no sentiría morir, puesto que la muerte va á reunirme con mi querida mujer, si el porvenir de mis hijos no me inquietase profundamente. Sé que al legártelos les dejó otro yo; pero por desgracia, tú no eres padre y nunca se llega á serlo completamente de los hijos de otro. Por otra parte, hay dos cosas que vigilar en los niños: la vida material, es decir, la del cuerpo, y la intelectual, es decir, la del espíritu. Me dirás que se puede poner al niño en un colegio, la niña en un excelente convento: he pensado en ello, amigo mío; pero los pobres niños están acostumbrados á las flores, á los grandes bosques, al aire de los campos, á los rayos del sol, y tiemblo á la idea de en-

cerrarles en esas prisiones, que se llaman casas de pensión ; en esas celdas, que se llaman dormitorios ; además, en mi opinión no hay árbol grande que no crezca al sol. Nada de colegio pues, nada de convento para mis pobres hijos ; yo te lo suplico, mi querido Gerardo.

Yo me incliné.

— Todo lo que quieras, hermano, le dije. Ordena y obedeceré.

— Hace mucho tiempo, dijo Santiago, que pensaba poner á su lado un preceptor, un médico, por decirlo así, de su vida moral, sólo que no sabía en quién fijar mi elección : cuando Dios, que quiere sin duda darme esa tranquilidad en el momento de mi muerte, ha permitido que uno de mis amigos viniese ayer de mil y quinientas leguas para sacarme del apuro.

Efectivamente, la víspera había preguntado por Santiago un desconocido, rehusando decir su nombre, había sido introducido, en su habitación, y había permanecido con él cerca de una hora.

— ¿ Quieres hablar de aquel hombre que ha venido ayer ? dije á Santiago.

— Sí, respondió éste : es un hombre que he conocido en otro tiempo, y á quien he vuelto á ver á largos intervalos, pero por poco que le haya visto, he podido apreciar su juicio, su rectitud, su bondad ; en dos ó tres ocasiones le he visto dar buena cuenta de su persona ; he podido apreciar su valor ; pocos hombres me han inspirado á primera vista una simpatía que el tiempo haya justificado mejor ; hasta me ha hecho en otro tiempo un servicio, al que le estaré reconocido hasta la hora de mi muerte.

El joven monje prestaba una atención creciente al relato del moribundo : hubiérase dicho que desde algunos

instantes, aquella relación, por un punto desconocido, le tocaba personalmente.

El moribundo continuó :

— Negocios de la naturaleza más grave, intereses que tocan á las más altas cuestiones políticas de este país, intereses y negocios que yo conocía, pero que no me es permitido hacer conocer ni aun á ti, le han forzado á desterrarse dos veces de Francia, y hoy que vuelve, se ve casi obligado á mantenerse oculto ; ayer venía á pedirme un abrigo contra los odios y las sospechas que le persiguen, odios y sospechas, por otra parte, que no hacen más que honrarle ; en él he pensado para la educación de mis hijos.

La respiración del monje se hacía más difícil, y de vez en cuando pasaba su pañuelo por su frente.

Hubiérase dicho que era presa de un combate interior ó una profunda agitación moral.

Llegó esto á tal extremo, que lo notó el enfermo.

— ¿ Sufrís, padre mío ? ¿ Tenéis necesidad de algo ? preguntó. En ese caso llamad y pedid lo que necesitéis.

Después, en voz baja, añadió :

— Pues aun hay para rato, porque en tanto que pueda, retardaré la confesión terrible : os suplico, pues, que tengáis paciencia, padre mío.

— Continúa, dijo el sacerdote.

— ¿ En dónde estaba ? De nada estoy seguro.

— Vuestro hermano Santiago os alababa la moralidad y el valor de su amigo, de aquel que quería dar por preceptor á sus hijos.

— Sí, es verdad. Es un hombre de una erudición profunda, añadió Santiago ; que conoce el mundo desde las regiones altas á las bajas ; lenguas antiguas, lenguas mo-

dernas, historia, ciencias y artes, de todo sabe, es una enciclopedia viva; y si estuviese seguro que él podría vivir contigo hasta la mayor edad de mis hijos, moriría casi sin pesar.

— ¿Y quién se lo impedirá? pregunté á Santiago.

— La gravedad de los negocios que le preocupan, y que son de tal naturaleza, que puede verse obligado á marchar de un momento á otro, y tal vez para siempre; en todo caso, si se viese obligado á dejarte, te encargaría de buscar su sucesor; él tiene un hijo que se dedica al estado eclesiástico.

— Perdonad, dijo el sacerdote levantándose, pero no puedo, no debo continuar escuchando vuestra confesión, caballero.

— ¿Y por qué, hermano mio? preguntó el enfermo con voz alterada.

— ¿Por qué? respondió el monje con voz acaso tan alterada como la que le dirigía aquella pregunta, porque os conozco y vos no me conocéis; porque sé quién sois, y vos no sabéis quién soy yo.

— Me conocéis, sabéis quién soy, exclamó el moribundo con la expresión del terror más profundo; ¡es imposible!

— Os llamáis Gerardo Tardieu, ¿no es verdad? ¡y no Gerardo simplemente?

— Sí; pero vos ¿quién sois, y cómo os llamáis?

— Yo me llamo Domingo Sarranti.

El enfermo dió un grito de espanto.

— Soy hijo, continuó el monje, de Filippo Sarranti, á quien habéis acusado de asesinato y de robo, y que es inocente, lo juro.

El moribundo, que se había incorporado sobre el lecho,

volvió á caer con el rostro sobre la almohada, lanzando un gemido sofocado.

— Ya veis, dijo el monje, que sería engañaros continuar escuchando vuestra confesión, puesto que en vez de escucharla con la caridad del sacerdote, la escucharía con el odio del hijo, cuyo padre habéis calumniado y deshonrado.

Y rechazando violentamente su sillón, hizo el dominico un movimiento hacia la puerta.

Pero por la tercera vez se sintió detenido por el hábito.

— No, no, no; al contrario, quedaos, gritó el moribundo con toda la fuerza de su voz; ¡quedaos, la Providencia es quien os conduce, es que Dios permite que antes de morir repare el mal que he hecho!

— ¿Lo queréis? dijo el sacerdote, cuidado, yo no lo pido, y me ha sido preciso un esfuerzo sobrehumano para decirlos quién era y para no abusar de la casualidad que me traía cerca de vos.

— De la Providencia, hermano mio, de la Providencia, repitió el moribundo. ¡Oh! hubiera ido á buscaros al cabo del mundo si hubiera sabido dónde encontraros para hacerlos escuchar lo que vais á oír.

— ¿Lo queréis? dijo Domingo.

— Sí, repitió el enfermo, lo quiero, y os ruego y os suplico.

Volvió á caer el monje sobre su sillón, todo tembloroso, con los ojos fijos en el cielo, y murmurando en voz baja:

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿qué voy á oír?

CAPÍTULO IV.

DONDE UN PERRO AULLA ; DONDE UNA MUJER CANTA.

Después del extraño descubrimiento que acababa de hacer, preciso fué que fray Domingo hiciese sobre sí mismo un grande y violento esfuerzo para que su rostro no descubriese la turbación que le agitaba.

Ya lo hemos dicho cuando hemos intentado mostrar al lector este magnífico retrato de Zurbarán desprendido del lienzo ; el aire, la fisonomía, la palabra del joven monje, todo en él llevaba el sello de una tristeza sombría y profunda, pero velada y silenciosa.

Las causas de aquella tristeza, de la que nunca había hecho la confianza á nadie, vamos á verlas desarrollarse con la confesión de Gerardo Tardieu, ó más bien con el relato de los últimos años de la vida de aquel hombre á quien toda la aldea de Vanves y todas las aldeas circunvecinas llamaban el bueno, el honrado, el virtuoso Gerard.

Repuso éste con voz débil, frecuentemente interrumpida por los sollozos, los suspiros y los gemidos :

— En cuanto á mi fortuna, continuó mi hermano, su división es muy sencilla, y creo desde que pienso en la muerte, haberlo previsto todo.

Hé aquí la copia de mi testamento, depositado en casa de Mr. Henry, notario en Corbeil. Te la entrego, vas á leerla para ver si ha habido alguna omisión ó algún olvido que reparar. Creo sin embargo que nada hallarás que decir, porque el empleo de mi fortuna es muy fácil.

— Dejo un millón á cada uno de mis hijos. Deseo, que excepto los gastos necesarios para su educación y su manutención, se vaya acumulando la renta de esos dos millones hasta su mayor edad. Este cuidado te lo encargo á ti.

En cuanto á ti, amigo mio, como conozco la sencillez de tus inclinaciones y tus gustos, te dejo á tu elección, sea una suma de trescientos mil francos en dinero, ó una renta vitalicia de veinticuatro mil libras : si te diese la idea de volver á casarte, tomarías sobre las rentas acumuladas de los niños, sea otras seis mil libras de renta, sea otra suma de cien mil francos.

Si uno de los niños muriese, deseo que el otro heredara por entero.

Si los dos muriesen (y á este solo pensamiento la voz de mi pobre hermano se hizo casi ininteligible), como no tienen en el mundo otros parientes que tú, tú serás su heredero.

Dejo particularmente á los que me han servido, muestras de mi reconocimiento ; no tienes pues por qué inquietarte.

He juzgado inútil consignar en mi testamento las sumas que deberías consagrar á la educación de mis hijos ; este gasto lo arreglarás tú sin profusión, pero sin mezquindad. Sin embargo, hay un punto sobre el cual llamaré tu atención : te ruego que no des á mi amigo Sarranti menos de seis mil francos al año ; la adhesión de los hombres que educan á nuestros hijos, nunca me ha parecido suficientemente recompensada, y si fuese yo director de instrucción pública en Francia, haría que los profesores que pasan su vida en formar el corazón y el talento de nuestros hijos, fuesen retribuidos de otra manera que los lacayos que cepillan sus vestidos.

Apoyaba el monje su pañuelo, no ya sobre su frente para

enjuagar su sudor, sino sobre su boca para anogar sus sollozos.

Esta precaución suprema de Santiago Tardieu para poner á salvo la dignidad de su amigo le llegaba al fondo del corazón.

— Si uno de los niños muriese, continuó el enfermo expresando siempre la última voluntad de su hermano, se sacarían cien mil francos para Sarrantí de la fortuna del muerto.

Si los dos muriesen, doscientos mil.

Levantóse Domingo y fué á dejarse caer sobre un sillón, en un rincón de la habitación, para allí llorar algunos instantes á sus anchas.

Al alejarse del lecho no pudo menos de dejar caer sobre el enfermo una mirada de supremo desdén.

Pero sólo necesitó algunos segundos para dominar su emoción, y dejando aquella especie de soledad momentánea que había ido á buscar, se acercó de nuevo con paso lento y grave al lecho del moribundo.

Su ojo estaba sombrío y lleno de interrogación, y era evidente que aguardaba con impaciencia la continuación de aquella confesión, cuyo relato hubiera querido apresurar, pero de la que no quería sin embargo perder ningún detalle.

El enfermo por su parte estaba tan agobiado por los esfuerzos que había hecho para hablar tanto tiempo, y por la emoción que había experimentado, que había vuelto á caer lívido sobre la almohada, y parecía desmayado.

Tembló el dominico á la idea de que Mr. Gerard pudiese morir sin haber concluido su confesión, y por consiguiente dejarle en la ignorancia de los hechos que tenía mayor interés en conocer.

Acercóse, pues, á aquel hombre con menos repugnancia visible, y le preguntó si necesitaba algo.

— Hermano mio, respondió el enfermo, dadme una cucharada de ese cordial que está sobre la chimenea. Aun cuando debiese morir de dolor, quiero deciroslo todo de una vez.

Presentó el monje al moribundo una cucharada del elixir. Apenas la hubo tragado, cuando pareció en efecto recobrar algunas fuerzas, y haciendo una seña al monje para que volviese á ocupar su puesto á su cabecera, continuó :

— Entregóme, pues, mi hermano la copia del testamento, y yo juzgué oportuno protestar contra la generosidad que desplegaba para conmigo : decirle que habituado á vivir con mil quinientos ó mil ochocientos francos al año, no tenía necesidad de un capital tan grande, ni de una renta tan fuerte ; nada quiso oír, y cerró toda discusión diciéndome, que el hermano de un hombre que dejaba dos millones de fortuna á sus hijos, y que tiene que dirigir para sus pupilos una fortuna de doscientas mil libras de renta, susceptibles de duplicarse, no debía, ni aun á vista de sus mismos sobrinos, tener el aire de vivir á sus expensas, como un parásito extraño.

Acepté, pues, con el corazón lleno de tristeza y de reconocimiento á la vez, porque hasta entonces, padre mio, merecía yo el dictado de hombre honrado, que he usurpado después, y hubiese consentido, no sólo en perder aquella fortuna que me dejaba mi hermano, sino también mi fortuna personal, si hubiese tenido una fortuna cualquiera, por salvar la vida de mi pobre hermano, por alargarla algunos años siquiera.

Desgraciadamente la enfermedad era mortal, y al día siguiente de aquella conversación, apenas tuvo fuerza para

estrechar la mano de... vuestro padre, dijo el enfermo haciendo un esfuerzo; de vuestro padre, repitió, como para afirmarse, que llegó al castillo, después de mediodía.

No os haré el retrato de Mr. Sarranti, hermano mío; pero dejadme deciros algunas palabras acerca de la primera impresión que me hizo su presencia.

Nunca, puedo jurarlo ante Dios y vos, nunca el semblante de una criatura humana me inspiró una simpatía más viva, un respeto más profundo. La lealtad, que formaba el carácter principal de su fisonomía, atraía espontáneamente la confianza; á primera vista se sentía uno dispuesto á abrirle los brazos y el corazón.

Vino á instalarse aquella misma noche en la casa, en virtud de las apremiantes súplicas de Santiago, que había declarado que quería cerrar los ojos entre sus dos mejores amigos, es decir, entre Mr. Sarranti y yo.

La noche misma de su llegada subió á mi habitación y me dijo:

— Mr. Gerard, ¿no os parece de mal agüero, que desde mi entrada en la casa principie pidiéndoos un importante favor?

— Hablad, caballero, le dije, la estimación y la amistad que mi hermano os profesa, me dan derecho para deciros lo que él mismo os diría; mi corazón y mi bolsa son vuestros.

— Gracias, caballero, respondió vuestro padre, y seré verdaderamente feliz el día en que podáis poner mi reconocimiento á prueba. Pero el servicio que reclamo en este momento es un acto de pura confianza, hé aquí por qué me dirijo á vos; la poca esperanza que tenemos de conservar largo tiempo aún á nuestro pobre Santiago, me prohíbe dirigirme á él.

— ¿En qué puedo justificar vuestra confianza y sustituir á mi hermano? pregunté.

— Oid, caballero.

Escuché.

— Estoy encargado, continuó Mr. Sarranti, por una persona, cuyo nombre hasta aquí no me es permitido decir, de colocar en casa de un notario una suma de cien mil escudos que llevo conmigo en mi maleta. Esa suma es un simple depósito que deseo hacer, y no una colocación; poco me importa que la suma no produzca nada, con tal que de un día para otro, y según las necesidades de la persona, cuyo mandatario soy, pueda volver á tomarla á la primera vez que la pida.

— Nada más fácil, caballero, y todos los días se depositan con esas condiciones sumas más ó menos fuertes en casa de un notario.

— Gracias, caballero, ya estoy tranquilo en cuanto á ese punto; ahora, tened la bondad de tranquilizarme respecto á otro, es decir, respecto al principal, respecto á aquel en que verdaderamente está el servicio que os pido.

— Decid.

— Esa suma no puede ser colocada en mi nombre, porque todo el mundo conoce mi falta absoluta de fortuna; no puede ser colocada en el de vuestro hermano querido, puesto que de un momento á otro va á llamarle Dios á sí. Desearía pues que fuese colocada...

— ¿En mi nombre? me apresuré á decir sencillamente.

— Si, señor, y ese es el servicio que tenía que pedir.

— Hubiera deseado que fuese cosa más importante, caballero, porque eso no es ni siquiera un servicio que reclamáis de mí, es una simple complacencia; cuando os agrade hacer el depósito de esa suma, me lo diréis; cum-

pliré vuestro deseo, y os entregaré personalmente un contrarrecibo, para que podáis en caso de accidente, de marcha, de muerte repentina, sustituiros á mi, y presentaros en casa del notario como el verdadero propietario del dinero.

— Si el dinero fuese mío, dijo Mr. Sarranti, rehusaría esa garantía, que miraría como inútil; pero os lo repito, no me pertenece, está destinado á servir á altos intereses. Acepto pues, no sólo el servicio, sino todas las seguridades que tengáis á bien darme para facilitar en el momento dado, ora la retirada total, ora el empleo parcial de la suma depositada.

— Dadme esa suma, caballero, y dentro de una hora estará depositada en casa de Mr. Henry.

Mr. Sarranti tenía, en efecto, los trescientos mil francos en oro en su maleta: los contamos, en seguida los encerré en una cajita. Di un contrarrecibo en la forma convenida, hice poner un caballo al carruaje, y parti para Corbeil.

Hora y media después estaba de regreso en casa. Mr. Sarranti estaba á la cabecera del lecho de Santiago, que iba cada vez peor.

Santiago había preguntado por mí dos ó tres veces.

El estado de mi pobre hermano era desesperado, y el médico no respondía de que saliese de la noche.

En efecto, á eso de las dos de la mañana pidió ver por última vez á sus hijos. Gertrudis, que velaba con nosotros, fué á cogerlos en su lecho, y los trajo, todos llorosos. Los pobres niños vertían lágrimas sin darse perfectamente cuenta de su desgracia: sentían instintivamente que algo profundo, sombrío, infinito, se cernía sobre ellos.

Era la muerte.

Bendijo Santiago á los dos niños, que se pusieron de rodillas cerca de su lecho, en seguida los abrazó y los

besó, é hizo seña á Gertrudis de que los condujese. Los niños no querían, sus lágrimas se cambiaron en sollozos, y sus sollozos en gritos, cuando les fué preciso dejar la habitación. Fué aquella una escena de profunda tristeza, desgarradora de una manera espantosa, y temo para mi castigo oír aquellos gritos durante toda una eternidad.

En seguida, añadió el moribundo, otros gritos más desgarradores aún...

Abatióse por segunda vez el enfermo. Temió el sacerdote que prodigándole el elixir que le había devuelto las fuerzas perdiera su eficacia: contentóse pues con hacerle respirar sales, y en efecto, bastó este reactivo.

Volvió á abrir los ojos Mr. Gerard, lanzó un suspiro, enjugó el sudor que corría por su frente, y repuso:

— Una hora después de la salida de los niños expiró mi hermano.

Á lo menos su agonía fué dulce, y expiró en nuestros brazos como había deseado.

En los brazos de dos hombres honrados, caballero, porque hasta la hora de la muerte de mi hermano, no tengo que echarme en cara, no ya una mala acción, pero ni un mal pensamiento.

Al día siguiente, ó más bien el mismo día al amanecer, se separó á los niños. Gertrudis y Juan los condujeron á Fontainebleau, donde debían pasar dos días, donde debía reunirse Mr. Sarranti en el momento en que se hubiesen cumplido los últimos deberes con su amigo.

Preguntaron los niños por qué no se les permitía besar á su padre antes de marchar: pero se les respondió que su padre no había despertado.

Pero entonces el primogénito, el niño Víctor (no sé, padre mío, cómo me atrevo á pronunciar este nombre),

el primogénito, que tenía ya alguna idea de la muerte, dijo :

— Ya se nos ha dicho que mamá dormía, y ya se nos ha llevado así una mañana, y nunca hemos vuelto á ver á mamá. Papá ha ido á reunirsele, y nunca ya le volveremos á ver.

Pero la niña, que apenas tenía cinco años, respondió :

— ¿ Por qué nos habían de abandonar papá y mamá, puesto que somos muy prudentes y no hacemos mal á nadie y les amamos mucho ?

— ¡ Oh ! en efecto, pobres niños, ¿ por qué os había de abandonar vuestro padre ? y sobre todo, ¿ por qué al abandonaros os dejaba en semejantes manos ?

Y el enfermo miró sus manos descarnadas, como Lady Macbeth miraba su mano cuando dice :

— ¡ Oh ! toda el agua del vasto Océano no bastaría á lavar esta pequeña mano.

— En fin, replicó, partieron los niños ; pero Gertrudis apenas podía contenerles, tendían sus brazos fuera del carruaje, gritando : « Queremos besar á papá. »

Hubo necesidad de cerrar los vidrios.

Nosotros nos ocupábamos entonces en cumplir los últimos deberes que nos imponía la muerte de mi pobre hermano. No había hecho ninguna recomendación particular para la inhumación ; depositamos su cuerpo en el cementerio de Viry.

El entierro fué lo que podía ser en una aldea, y sobre su tumba, aun abierta, entregué al cura que decía las oraciones de los difuntos, mil escudos para los pobres, á fin de que las preces de aquellos cuya desgracia había aliviado aun después de su muerte, se uniesen á las nuestras.

Mr. Sarranti, al salir del cementerio, se encaminó así á Fontainebleau, como lo había prometido.

Debía al día siguiente, ó á los dos días, volver con los niños.

Pero antes de separarnos, rompiendo á llorar los dos al recuerdo del que habíamos perdido, nos lanzamos uno en brazos del otro.

¡ Oh ! perdonadme el que haya acusado, calumniado y manchado á un hombre que había estrechado contra mi corazón, exclamó el enfermo, dirigiéndose á fray Domingo ; pero ya lo veréis, estaba loco cuando cometí aquel crimen, crimen que á Dios gracias puede repararse.

Estaba el monje impaciente por oír la continuación de aquella confesión, que el moribundo mismo aseguraba ser terrible, tan terrible, que por más que fuera la delibidad del que la hacía, alejaba todo lo posible la conclusión de ella.

Hizo pues una señal á Mr. Gerard, rogándole que continuase

— Sí, sí, murmuró éste ; pero eso es lo difícil, continuar : es permitido al viajero que en las dos terceras partes de su camino no ha recorrido más que ricas llanuras y fértiles valles, vacilar un instante antes de internarse en los pantanos fétidos, en medio de precipicios mortales y de insondables abismos.

Por más impaciente que el dominico estuviese, guardó silencio y esperó.

La espera no fué larga. Sea que el enfermo conociese que recobraba la fuerza, sea que por el contrario temiese que le abandonara de repente la que le quedaba, continuó :

— Volví solo al castillo abandonado, puesto que ya hacía